

que tendrá una carga importante de subjetividad, de olvido o de intereses personales. Es obvio que estará tan impregnado de cargas emocionales, ideológicas o políticas como lo pueden estar los documentos de los archivos, los periódicos o los libros. Es por ello que deberá ser evaluado aparte; pero la posibilidad que brinda es muy importante. Finalmente, sólo nos restaría dar a conocer cuál es la tendencia actual de esta disciplina en nuestro país, ya que la mayor parte de los investigadores de esta rama nos hemos propuesto que el rescate de testimonios en toda la república no implique sólo un despojo a sus poseedores; sino aparte de que sea una contribución a la historia del país, sea una herramienta de retroalimentación y refuerzo que enriquezca las culturas regionales.

Generalmente este tipo de proyectos ha sustraído la información testimonial a las comunidades, sin que ellas reciban ningún

beneficio. Nuestra intención consiste en retribuir, aunque sea en mínima parte, a la comunidad o grupo lo que está aportando para la cultura nacional, a través de la integración, en cada localidad, de sus propios archivos. Gracias a este sistema los demás miembros de la comunidad podrán nutrirse con la información contenida en los testimonios y conocer de esta manera, no sólo la historia de su pueblo y de sus hombres, sino de los conocimientos tradicionales sobre el cuidado de la salud, de las plantas medicinales, métodos constructivos regionales, problemas del desarrollo de la comunidad, o bien técnicas modernas de cultivo, etcétera. Estos mismos testimonios podrán a su vez alimentar programas de alfabetización así como de elaboración de textos pedagógicos y culturales.

Bástenos decir, para finalizar, que la publicación de este libro es tan importante, que motiva a todos los que practicamos la historia oral, no sólo a percatar-

se de lo que se ha hecho en otras partes del mundo, sino a reflexionar sobre lo que deberá hacerse en el futuro.

Notas

¹ Jornadas de Historia de Occidente. Centro de Estudios de la Revolución "Lázaro Cárdenas", Jiquilpan, Mich., 1978.

² A. Olivera, *El Conflicto Religioso de 1926 a 1929. Antecedentes y Consecuencias*. INAH, México, 1966.

La Literatura Cristera, INAH, México, 1970.

Antonio Rius Facius, *México Cristero, 1915 a 1931*, Ed. Patria, México, 1960. *De don Porfirio a don Plutarco*, Edit. Jus, México, 1958.

Heriberto Navarrete, *Figuras y Episodios de la Historia de México*, Edit. Jus, México, 1961.

³ Confrontar con *En torno a la historia oral*. Diversas formas de utilización del testimonio oral en la investigación histórica. A. Olivera de Bonfil en Jornadas de Historia de Occidente. Centro de Estudios "Lázaro Cárdenas". México, 1978, pp. 123 a 143.

De la santidad a la esbeltez

Norman Cohn

Rudolph M. Bell, *Holy Anorexia*, epílogo de William N. Davis, University of Chicago Press, 1986, 248 pp.

Judith C. Brown, *Immodest Acts: The Life of a Lesbian Nun in Renaissance Italy*, Oxford University Press, 1986, 214 pp.

Apenas en 1870 se reconoció la anorexia nerviosa como una enfermedad específica y recibió el nombre con el que hoy se le conoce. Sin embargo, según el psiquiatra William N. Davis, quien escribió el epílogo para *Holy Anorexia*, ésta ha alcanzado tales proporciones que en todo Estados

Unidos y en Europa hay innumerables organizaciones que se dedican a tratar a los anoréxicos y a sus familias. La psiquiatría lucha con este desorden por medio del psicoanálisis, la terapia conductual, la psicoterapia de grupo, la terapia familiar, distintos medicamentos, hasta regímenes alimenti-

cios forzosos. A menudo todo el esfuerzo es inútil: aunque muchos anoréxicos se recuperan parcialmente, y algunos se recuperan por completo muchos otros caen en condiciones crónicas y desesperadas o simplemente mueren. Las tasas de mortandad conocidas van del 10 al 20 por ciento, lo que es superior a cualquier otra enfermedad psiquiátrica.

El único rasgo esencial de la enfermedad es la negativa persistente y sostenida durante mucho tiempo a comer lo suficiente para conservar la vida: el anoréxico ejerce una auto-hambruna gradual. Otros síntomas comunes son los vómitos, episodios de alimentación extrema, periodos de hiperactividad y un pulso muy bajo en reposo. Las mujeres padecen esto más que los hombres —en una proporción de diez o hasta veinte por uno—, y con más frecuencia las ricas que las pobres. Se da mayormente en la adolescencia.

En el pasado Rudolph M. Bell, de la Universidad de Rutgers, exploró diversos campos de la historia; sus libros van de *Party and Faction in American Politics* a *Saints and Society*. En este último libro él y Donald Weinstein, de la Universidad de Arizona, examinaron las vidas de cientos de santos, y usaron lo que hallaron para ilustrar los cambiantes modelos de piedad y las nociones de santidad en la cristiandad occidental entre 1000 y 1700. *Holy Anorexia* continúa esa empresa sobre un tema más especializado. Trata con un cierto número de mujeres italianas reconocidas oficialmente por la iglesia católica romana como santas, beatas, venerables, o servidoras de Dios, y quienes demostraron en sus vidas su santidad al morir de hambre, o casi. El libro también trata de explicar cómo fue que estas mu-

jeres llegaron a seguir tan drástico camino.

Según las tablas estadísticas que incluye el libro, Bell estudió no menos de 261 mujeres, mientras que el lapso de tiempo cubierto en el estudio, va del siglo XII al XX. Por fortuna, el texto no es tan intimidante como lo que esto sugiere: traza las historias de vida de una docena de mujeres, y el relato no pasa más allá del siglo XVII. Eso es más que suficiente para transmitir la esencia del fenómeno de la "anorexia santa". Más que suficiente, también, para alterar los apetitos de los lectores más fuertes.

Un vistazo a dos de las historias de vida dará una idea clara del material histórico que reunió Bell. Una de esas vidas transcurrió a fines del siglo XIV, la otra a finales del XVII; una sucedió en una casa privada, la otra en un convento; una terminó en muerte prematura por hambre, la otra continuó hasta llegar a una madurez constructiva. Las dos mujeres fueron canonizadas.

Desde los quince años, Catherine Benincasa, mejor conocida como Santa Catalina de Siena, no comía más que pan, vegetales crudos y agua; desde los veinticinco años sólo masticó yerbas amargas, escupiendo la sustancia. Sin embargo, en una ocasión cambió su dieta. Al cubrir las llagas de un seno canceroso de una mujer a la que cuidaba, Catalina se sintió repelida por el olor espantoso de la supuración. Decidida a superar todas las sensaciones corporales, reunió con cuidado la pus en un cucharón y la bebió toda. Esa noche vislumbró a Jesús, que la invitaba a beber la sangre que fluía de uno de sus costados, y fue por este sustento que su estómago —en palabras de su confesor— "dejó de necesitar la comida y ya no pudo digerir".

Al ofrecerle su costado sangrante para que lo chupara, Jesús le pareció a Catalina como una madre cuando ofrece el pecho a su bebé preferido. Sin embargo, Catalina tuvo que pagar su consolación: a partir de ese día Dios la hizo sufrir un agudo y continuo dolor en el pecho. Y ella misma cooperó a su tormento. Usaba una faja de cadenas de hierro en las caderas tan apretada que le inflamó la piel, y tres veces al día se flagelaba con una cadena de hierro. Cada flagelación duraba hora y media, y la sangre le corría de los hombros a los pies. Al final se rehusó hasta a beber agua de manera que, al principio de sus treinta, puso fin a su vida.

El escenario de la conducta de Catalina, incluyendo su anorexia, fue familiar. Como terciaria de la orden dominicana vivía en su casa: toda su autotortura sucedió en el hogar de sus padres. Esto era lo apropiado, ya que Catalina era muy apegada a los suyos. Creía que con sus sacrificios en este mundo salvaría las almas de su madre y padre y hermanas en el siguiente. De hecho, creía que ella y Dios habían hecho un trato al respecto. Cuando su madre cayó gravemente enferma le recordó a Dios su parte en el trato, y en términos fuertes:

Padre: esto no es lo que tú me prometiste: que toda mi familia se salvaría. Mi madre murió sin confesión, y por lo tanto te ruego que me la regreses. Esto es lo que quiero, y no me moveré de aquí hasta que me la hayas devuelto.

La decisión de Catalina de vivir en su casa era inusual; las jóvenes vírgenes que deseaban vivir como penitentes ascéticos normalmente

vivían en un convento. Santa Verónica, nacida en 1660 como Orsola Giuliani, ingresó a un convento capuchino a los diecisiete. Cinco años ayunó como novicia y monja, y durante ese tiempo no comía nada cada tres días; los viernes sólo masticaba cinco semillas de naranja en memoria de las cinco heridas de Jesús. Finalmente superó su conducta anoréxica al convertir el acto mismo de la alimentación en una oportunidad para triunfar sobre los deseos corporales: vómito de gato, puños de cabellos, una sanguijuela llena de sangre, arañas y sus telarañas; todo esto lo comía con gusto. (Aquí pudo apoyarse en la colaboración de su confesor, quien le ordenó cortésmente limpiar varios cuartos del convento con su lengua.) Además se flagelaba con cadenas e instrumentos afilados; cargaba un pesado yugo sobre los hombros; y mantenía la lengua aplastada debajo de una piedra.

Su recompensa llegó cuando a mediados de sus treinta, recibió los estigmas: heridas que sangraban de manera incesante, que correspondían a las heridas de Jesús, en manos, pies y pecho. Estas las llevó durante los veintinueve años de vida que le quedaban; en su autopsia se demostró que eran absolutamente genuinas. La recepción de los estigmas siempre se vio como una señal suprema del favor de Dios, y señaló un punto fundamental en la vida de Verónica: ella abandonó sus prácticas ascéticas, se volvió un miembro sabio y moderado de la congregación y terminó sus días como una abadesa respetada.

Historias fascinantes y la mayoría presentadas muy hábilmente, ¿pero cómo hay que interpretarlas? En la interpretación que Bell ofrece resultan al examinarse, dos explicaciones. Una de ellas me

parece totalmente convincente, la otra para nada.

Tal y como lo retrata este libro, la santa anoréxica siente que todo su cuerpo está corrompido sin ninguna esperanza y que es un impedimento para la salvación de su alma. Se dedica a destruir sus deseos corporales y se debilita, no sólo el hambre, sino también el deseo sexual y el deseo por todo lo demás. Pero lo que empieza como un esfuerzo consciente para domar al cuerpo engendra cambios hormonales, de manera que la lucha rebasa el control consciente de la anoréxica. Lo que pase después depende de lo que suceda en la psique.

William N. Davis, en su epílogo, sigue esta línea de interpretación y señala algunos paralelos instructivos entre la "anorexia santa" de la Edad Media y la anorexia nerviosa de la actualidad. En la primera, la mujer busca la santidad, en la segunda, la esbeltez. Pero tanto la santidad como la esbeltez representan estados ideales del ser, concebidos en dos periodos históricos muy distintos. Del mismo modo en que las mujeres medievales recibían un modelo específico, señaladamente ascético, de santidad al cual aspirar, a las adolescentes de hoy se les abruma con mensajes culturales que enfatizan la enorme importancia de la esbeltez. E igual que las anoréxicas medievales buscaban una relación directa con Dios, así la anoréxica moderna está metida en una relación intensa con su dieta. Finalmente, una preocupación obsesiva por la pureza es igualmente característica de las anoréxicas medievales y modernas.

Todo esto es muy persuasivo. Pero el principal argumento del libro conduce por un rumbo muy diferente, y me parece que va

muy equivocado. En opinión de Bell, la anorexia en su forma medieval representó una protesta femenina contra una sociedad patriarcal: la anoréxica luchaba por imponer su voluntad y por establecer su identidad en un mundo dominado por hombres. De las anoréxicas medievales dice que "de hecho rompieron los límites establecidos dentro de los cuales la jerarquía masculina confinaba a la piedad de las mujeres, y por tanto estableció caminos más nuevos y amplios para la expresión religiosa de las mujeres generalmente". Esto encuadra bien con la hipótesis feminista de la actualidad sobre la naturaleza de la anorexia nerviosa, que Davis resume así: "La anorexia nerviosa es el símbolo quintaesenciado de la opresión femenina en una cultura dominada por el hombre". Sucede porque las mujeres quedan atrapadas en una trampa que "promueve de manera inconsciente aunque profunda una cultura patriarcal que necesita la sumisión y el servilismo femeninos, y que está profundamente amenazada por el prospecto de las mujeres seguras, confiadas y firmes".

Si esta interpretación fuera correcta hallaríamos poco o nada de anorexia nerviosa en los estratos altos de la sociedad en Estados Unidos y en Europa occidental, en donde las mujeres por lo general disfrutaban un alto grado de independencia y de autodeterminación; bastante más en los estratos más bajos de estas sociedades; y muchísimo más en la Unión Soviética, por ejemplo, en donde las mujeres aún siguen siendo explotadas muchísimo por sus compañeros y por el sistema social. De hecho, uno se encuentra todo lo contrario. Ciertamente, yo sé por una psiquiatra que trabajó durante muchos años en la Unión Soviética

ca que ella nunca tuvo un caso de anorexia nerviosa hasta que emigró a occidente.

Pero volviendo a la Edad Media, ¿la piedad femenina estuvo tan limitada por la jerarquía masculina hasta que la liberaron las primeras anoréxicas? Hay pruebas de lo contrario. Las primeras anoréxicas que Bell conoce murieron a principios del siglo XIII, pero hubo santas que disfrutaron de prestigio y ejercieron su influencia mucho antes. La mística, visionaria y abadesa Hildegard de Bingen, por ejemplo, corresponde en términos de igualdad a dos papas y a dos emperadores, así como a los teólogos importantes de su tiempo. Ella murió en 1179.

Y cuando aparecieron las anoréxicas, ¿qué tan diferentes eran de los aspirantes masculinos a la santidad? Parecería que muy poco. La "anorexia santa" no puede divorciarse de otras prácticas ascéticas que la acompañaron invariablemente. Las mujeres que se dejaban morir de hambre en una condición anoréxica también se privaban a sí mismas de sueño, usaban túnicas de pelo, llevaban cadenas de púas alrededor del cuerpo y se flagelaban hasta sangrar. Pero los aspirantes masculinos a la santidad también hacían estas cosas, y de una manera igual de extrema. Lo que es más, vivían con poquísima comida. Su objetivo, también, era el mismo de las mujeres: domar la carne, acercarse a Dios. Y la recompensa del hombre, cuando se confería alguna, era también la misma: el éxtasis místico, los estigmas.

En casi todos los aspectos, los hombres y las mujeres medievales en busca de la santidad siguieron caminos idénticos. Parece que la única diferencia es que algunas mujeres murieron efectivamente por mala nutrición, mientras que

los hombres parece ser que no. ¿Pero es completamente plausible que estas muertes, estos acontecimientos insignificantes en el amplio panorama de la autotortura medieval, representaran una protesta femenina en contra del patriarcado? No es difícil pensar en otras explicaciones posibles, que van desde las diferencias psicológicas entre los sexos hasta el papel de la moda en el modelamiento de la conducta tanto en mujeres como en hombres.

El título y el subtítulo de *Immodest Acts: The Life of a Lesbian Nun in Renaissance Italy* dan una indicación muy inadecuada del libro. Judith C. Brown, de la Universidad de Stanford, descubrió en los archivos estatales de Florencia el registro de las investigaciones eclesiásticas que se realizaron entre 1619 y 1623 sobre las visiones y los supuestos milagros de Benedetta Carlini, abadesa del Convento de la Madre de Dios en Pescia. El estudio biográfico que armó a partir de éstos y otros materiales afines es una obra académica seria, y las dudas que deja en la cabeza no son fundamentalmente sobre lesbianismo.

Benedetta Carlini nació en 1590 y a los nueve años se unió a una comunidad religiosa conocida como teatinas. Unos veinte años después, cuando la comunidad recibió la licencia papal para convertirse en un cabal claustro conventual, las monjas escogieron a Benedetta como su primera abadesa. Era joven para el cargo, pero ya desde hacía años había sido señalada por una serie de experiencias visionarias. A los veintitrés años se vio a sí misma rodeada por una bola de animales salvajes dispuestos a hacerle daño. En el último momento la salvó un Jesús vestido espléndidamente, quien dispersó a los animales y

explicó que eran demonios. También le dijo que ella se les tendría que enfrentar una y otra vez, pero que él siempre llegaría en su ayuda. Siguieron otras visiones similares, para regocijo de las superiores del convento: ¿qué mejor manera tenían estas monjas para conseguir el status de una congregación enclaustrada que señalar a esta santa entre ellas?

Benedetta vivió para cumplir su promesa. Cuando llegó el día de la procesión solemne hacia el convento recién construido ella caminó en un trance de éxtasis, viendo a ángeles que le rendían homenaje y regaban de flores el camino. En las puertas del convento la misma Virgen María la recibió y la presentó con un ángel guardián. Jesús reapareció unos dos meses después, esta vez clavado a un crucifijo pero vivo. Preguntó si Benedetta estaba dispuesta a enfrentar toda una vida de sufrimiento por amor a él. Cuando asintió, surgió un rayo de las heridas y las imprimió en las manos, pies y costados de la abadesa.

Este aparente milagro aseguró la elección de Benedetta como abadesa. Una vez más estuvo a la altura de las circunstancias: durante la cuaresma dio sermones mientras las otras monjas se purificaban con sus látigos. Y éstos no eran sermones comunes y corrientes. Como mujer, Benedetta nunca habría tenido permiso para predicar, pero convenció a su confesor de que un ángel hablaba a través de su boca. El ángel terminaba cada uno de los sermones elogiando a Benedetta, elegida entre todas las demás para recibir marcas del favor divino.

De inmediato surgieron más marcas de ese favor. Jesús volvió a visitar a Benedetta en la noche, y esta vez él le extrajo el corazón.

Vivió tres días sin corazón, hasta que Jesús volvió a aparecer, llevando un corazón que era más grande que el que él le había sacado. "Ah, mi esposo", exclamó Benedetta, "¿regresaste a devolverme mi corazón?" Pero era el propio corazón de Jesús el que él le insertó en su cuerpo. En adelante, Jesús y Benedetta quedaron unidos en cuerpo y alma. "Te he dado mi amor", dijo Jesús, "ahora devuélveme mi amor". En lo que a Benedetta toca, ella se sentía, en sus propias palabras, "enamorada de Jesús".

Unas cuantas semanas después, la relación se hizo más íntima: Jesús le anunció que quería contraer matrimonio con Benedetta en una ceremonia solemne. La ceremonia se llevó debidamente a cabo ante la congregación de monjas, todas de rodillas, y con su abadesa en trance. Para Benedetta Jesús estaba gloriosamente visible y lo mismo su comitiva de ángeles y santos, encabezados por la Virgen y lo mismo fue el anillo que él colocó en el cuerpo de la abadesa; pero nada de esto fue visible para alguien más. Las monjas en efecto oyeron a Jesús hablar a través de Benedetta, en una voz más hermosa que la de ella. Lo que les dijo fue toda la historia de la vida de Benedetta, de manera que, tal y como él lo dijo, ellas pudieran ver que su novia era también la mayor servidora que él tenía en la tierra. Jesús concluyó: "Quiero que el gran duque (de Toscana) sepa todas estas cosas de mi novia. . . Y quien no crea en mi novia no se salvará".

Terminada la ceremonia, Benedetta salió de su trance como si nada inusual hubiera sucedido. Otros fueron menos ligeros. El preboste de Pescia, quien era el funcionario eclesiástico más importante en el pueblo, suspendió

a Benedetta de sus tareas hasta nuevo aviso e inició una investigación.

La primera investigación resultó bien para Benedetta. Los investigadores hallaron genuinas sus visiones y hasta aceptaron que Jesús había hablado a través de ella; y la reinstalaron como abadesa. Pero unos tres años después, por motivos que siguen permaneciendo oscuros, se abrió una segunda investigación, esta vez por iniciativa del nuncio papal en Florencia. Sus hallazgos fueron condenatorios. Los investigadores decidieron que todas las experiencias visionarias de Benedetta, y también los estigmas no venían de Dios sino del Diablo. Pero la prueba más contundente vino de una monja, Bartolomea Crivelli, a quien años antes se le había hecho compartir la celda de Benedetta y ayudarla en sus batallas contra el demonio. Ella reveló que durante dos años, ella y Benedetta se la habían pasado masturbándose mutuamente. Más aún, dijo Bartolomea, "Benedetta le decía que ni ella ni Benedetta estaban pecando porque el ángel Splenditello y no ella era el que hacía esas cosas. Y ella hablaba siempre con la voz con la que Splenditello hablaba a través de Benedetta". Este Splenditello era un ángel guardián que Jesús le había asignado a Benedetta desde hacía mucho tiempo. Originalmente, él se le había aparecido como un muchacho hermoso de largo cabello rizado, y vestido con una túnica blanca con mangas bordadas en oro. Ahora se había vuelto parte de la misma Benedetta, tanto así que cuando él estaba presente en ella la mujer parecía, no sólo a Bartolomea sino a las monjas en general un muchacho atractivo.

La segunda investigación dejó

convencida a la misma Benedetta que todo el tiempo la había engañado el Diablo. Sus visiones cesaron, Splenditello se esfumó, ella misma se volvió una monja obediente bajo el cuidado de una abadesa nueva. Los investigadores se inclinaron por la lenidad, enfatizando en su reporte final que los actos en los que ella había participado fueron hechos "sin el consentimiento y la voluntad de ella". Pero el nuncio papal asumió una actitud más severa. Influida sin duda por la notoriedad de ella, la sentenció a encierro perpetuo dentro del convento, lo que significaba confinamiento solitario, con una dieta a pan y agua varias veces por semana. Este castigo duró treinta y cinco años más hasta la muerte de Benedetta.

¿Qué hay que sacar de esta historia extraordinaria? Durante la primera investigación Benedetta insistió en que no recordaba los elogios que Jesús le había hecho a través de ella. Durante la segunda investigación ella negó tener conocimiento de los actos realizados como Splenditello. Por supuesto que eso era lo que tenía que responder si quería evitar o disminuir el castigo que colgaba sobre su cabeza. Pero las respuestas pudieron ser ciertas. De tal manera, ¿fue un fraude simplemente esta mujer, o fue éste un caso de lo que en ese tiempo se llamaría posesión y que los psiquiatras actuales llamarían personalidad múltiple? La profesora Brown se inclina por esta última idea. Sus argumentos son impresionantes; aunque, inexplicable y desafortunadamente, una parte esencial está arrinconada al final del libro. Quizá tenga razón.

Tomado de *The New York Review of Books*.